

## Estudios culturales: estado de la cuestión

Belén González Morales  
(Universidad de Las Palmas de Gran Canarias & SELICUP)

### Resumen

Pasadas ya las décadas de esplendor del CCCS y la irrupción de los estudios culturales en las Humanidades norteamericanas desde 1985, con su apogeo en 1991, hoy, “después de la teoría”, resulta posible tomar perspectiva y perfilar la situación de los estudios culturales. Esta tarea, que constituye el objetivo del presente trabajo, se centrará en dos de los rasgos que los distinguen en la madeja teórica vigente, a saber: su indefinición, extendida, so pretexto de un análisis democrático y plural, al regateo de la sumisión a una única teoría; y su vocación militante, cobijada bajo las banderas de la libertad y la redención social. La elección de este tándem no resulta baladí, pues la fusión de la intencionalidad política y la teoría etérea constituye la principal baza de estos estudios, al tiempo que propicia una manera de proceder poco inocente. Lejos de contribuir al logro de los mencionados fines, indiscutibles en los años de los *founding fathers*, la citada evanescencia esconde hoy una serie de intereses tan necesarios como rentables, al tiempo que, paradójicamente, alimenta el sistema contra el que, en principio, se rebelaba.

Pasadas ya las décadas de esplendor del *Centre for Contemporary Cultural Studies* (CCCS) y la irrupción de los estudios culturales en las Humanidades norteamericanas desde 1985, con su apogeo en 1991,<sup>1</sup> hoy, “después de la teoría”, resulta posible tomar perspectiva y perfilar su situación. Esta tarea, que constituye el objetivo del presente trabajo<sup>2</sup>, se centrará en dos de los rasgos que los distinguen en la maraña teórica vigente, a saber: su indefinición, extendida so pretexto de un análisis democrático y plural, que regatea la sumisión a una corriente concreta; y su vocación militante, cobijada bajo las banderas de la libertad y la redención social. La elección de este tándem no resulta baladí, pues la fusión de la intencionalidad política y la teoría etérea constituye la principal baza de estos estudios, a la vez que propicia una manera de proceder poco inocente. Lejos de contribuir al logro de los mencionados fines, indiscutibles en los años de los *founding fathers*, la citada evanescencia esconde hoy una serie de intereses tan necesarios como rentables, al tiempo que, paradójicamente, alimenta el sistema contra el que, en principio, se rebelaba.

El rigor teórico de los estudios culturales merece una observación detenida merced a la trascendente posición que ostentan en la Teoría y Crítica literaria actual. Por extraño que parezca en esta era de disputas críticas, existe una unanimidad notable en torno a su

---

<sup>1</sup> Cusset anota lo siguiente sobre la periodización: “El análisis de dos grandes bases de datos universitarias ha permitido situar en la segunda mitad de los años ochenta, con un pico en 1991, la explosión de los *Cultural Studies* y del estudio de la *pop culture* en el campo de las humanidades en Estados Unidos” (Cusset 2005: 144).

<sup>2</sup> Este trabajo se inscribe en el proyecto de investigación FFI2010-19829 (subprograma FILO).

nacimiento. Como reseña Culler estos surgieron “en oposición a los estudios literarios, concebidos tradicionalmente” (2000: 61). El consenso también se reseña en la raíz de esta confrontación, justificada por un agotamiento metodológico y programático, que Barry Jordan sintetizó en dos hechos concretos: “el reconocimiento de las limitaciones de una crítica textual evaluativa y la estrechez y sobreespecialización de muchos programas de lengua y literatura” (1986: 37). El inmanentismo y la autarquía denunciados resultaban innegables, y todavía son reconocibles en el contexto epistemológico vigente como amenazas para el desarrollo humanístico. Con todo, convendría calibrar el alcance de esa extenuación con el fin de otorgarle una dimensión adecuada. Un contexto más amplio facilitará saber si ese “agotamiento” conllevaba una depauperación. A tenor del desarrollo ulterior de la corriente, en el que se ahondará en las próximas líneas, no cabe duda de que esa necesidad se sobredimensionó. El anuncio del fin de una tradición recordaba a otros tantos anteriores proclamados por los profetas del fin de la cultura, que, hay que recordarlo, han proliferado en todas las épocas: las elegías por un mundo que se derrumba ya se escuchaban en Sumer, Akad o Roma. Incluso, el tenido por el mayor elegiaco trató de desdramatizar la tendencia apocalíptica: “En los Estados Unidos, –afirmó Harold Bloom– una ‘crisis de los estudios literarios’ es tan normal como un renacimiento religioso (o Gran Despertar) o una ola de crímenes” (Bloom 1995: 527).

En segundo lugar, junto a esta perspectiva más amplia habría que ahondar en la citada confrontación con la investigación literaria tradicional. El auge de los estudios culturales no puede explicarse exclusivamente mediante el enfrentamiento entre literatura y cultura popular en los términos que expresó Easthope (1991: 107). La confrontación resulta a todas luces artificial si se atiende al desarrollo de la teoría de la literatura, porque, precisamente, es en la cultura popular donde se fragua el inicio de la investigación en el siglo XX. En sus comienzos los estudios de Propp supusieron un avance hacia lo popular que allanaba el camino a la venidera cultura de masas. La atención perentoria que ésta requería y el afán social tanto de Propp como de los responsables del CCCS se asentaron en unas necesidades históricas y socioeconómicas, cuya relevancia fue incuestionable en aquel momento y, también, posteriormente.

Sin embargo, cabría preguntarse el lugar que ocupa hoy aquel loable interés primigenio por lo popular, pues la actual aceptación masiva de los estudios culturales carece de aquella determinación original. La antigua vocación social se ha diluido en el pragmatismo inherente a esta corriente, una característica idónea para la universidad estadounidense. No hay que olvidar que ésta constituía el caldo de cultivo adecuado para la corriente británica, pues, al

contrario de lo que sucedía en Europa, carecía de una estructura teórica clara cuando los estudios culturales emergieron. El nuevo mesianismo –elocuente en títulos como *Literary into cultural studies*–, que anunciaba la liberación del yugo de las imposiciones heredadas, ni redimía al ser humano –sino a los académicos– ni era nuevo, pues su credo correspondía a una interdisciplinariedad tan antigua como los intentos aristotélicos por comprender la recepción y catarsis multitudinarias o las analogías horacianas entre literatura y otras artes. Pero las carencias del sistema académico, y la novedad o, más precisamente, ese gran mito posmoderno de “lo actual” hizo sucumbir a muchos a lo que Easthope denominó “descentred paradigm” (1991: 162-176), un oxímoron notorio cuyo desarrollo estaba abocado al fracaso, obvio en su contradicción lógica interna. Ignorado este pequeño matiz y, como si del traje del rey se tratase, sólo algunas voces han osado cuestionar unos estudios culturales cuya asunción esconde la ausencia generalizada de creatividad para solucionar un (nuevo) agotamiento de la crítica: subirse al carro del vencedor ha resultado siempre más sencillo –y rentable– que encararse con una nueva desintegración de las Humanidades. Así lo expresó Culler, con unas palabras muy pertinentes en este contexto:

No faltan indicios que sugieren que nos equivocamos al percibir una única crisis y al pensar que nuestra situación crítica resulta extraordinariamente confusa o causa de confusión. Las acusaciones de que la crítica ha ‘frecuentado a Nietzsche, hallado algo interesante en todo tipo de revolucionarios y dado la bienvenida a las más extrañas filosofías’ y de que ‘hoy nos encontramos en el centro de una vasta desintegración’, ya se oían en los años 20, en los inicios de la crítica literaria en los Estados Unidos” (1998: 142)

Por otro lado, alimentando el fantasma de la crisis de los estudios literarios, se ha erigido un enemigo suficientemente poderoso como para realizar un autorretrato a grandes trazos y postergar la definición de los *cult’ studs*. La consecuente vaguedad y el carácter camaleónico, capaz de esquivar los intentos de filiación teórica externa, tolera una búsqueda constante de la identidad, cuyos beneficios no se demoran. En primer término, asegura la supervivencia de una bibliografía encargada de resolver este dilema, imprescindible para aumentar los dividendos de las imprentas académicas. Y, en segundo, construye una invulnerabilidad respecto a otras disciplinas, ya que, al no saberse exactamente qué son, mantienen su impunidad ante las agresiones –propias y ajenas–, mientras se fiscalizan otros enfoques teóricos, tachados hasta la extenuación de sexistas, eurocéntricos, canónicos, raciales, etc. En ese sentido, cabe una comparación con la adolescencia: los estudios culturales parecen estar “contra el mundo”, pero, simultáneamente, toman de él elementos

para existir y justificar su doliente existencia. Convertidos en antropólogos y psicoanalistas aficionados, semiólogos iniciados, aprendices de politólogos o sexólogos, los culturalistas, reeditados diletantes, hallan en su rebeldía la razón para relegar la madurez y apostar por un método propio. Sin embargo, como sucede a los adolescentes, sus aciertos más reseñables residen, paradójicamente, en los préstamos teóricos vilipendiados. Y, mientras esta “disciplina antidisciplinaria” (Reynoso 2000: 47), como la ha denominado con acierto Reynoso, proclama, al más puro estilo quinceañero, su originalidad y carácter genuino, no aporta más que su grito juvenil.

En el corpus no hay ni rastros de estrategias metodológicas intrínsecamente novedosas forjadas *en el interior* de los estudios culturales. La sobrevaloración del quantum de originalidad de estos en su mitología historiográfica, entonces, sólo puede explicarse en el contexto de insularidad intelectual que afectaba a Gran Bretaña por esa época y de la pobreza metodológica de los estudios británicos de medios de comunicación de masas en las décadas anteriores. Si la historia terminara aquí, los estudios culturales, en su inmensa mayoría, podrían entenderse como la respuesta británica a las traducciones del enorme caudal de obras semiológicas, filosóficas, sociológicas y psicoanalíticas que eran moneda corriente del otro lado del canal. Lo único idiosincrático podría llegar a ser la tradición mediática de las islas o las formas subculturales que se tomaban como objeto (2000: 79).

Que esta nada de la que habla Reynoso, nacida en una circunstancia histórica británica, se haya convertido en objeto venerado en Estados Unidos no sorprende, si se considera que la especulación teórica –especialmente la *French theory*–, ha encontrado en sus instituciones un caldo de cultivo idóneo. La indefinición premeditada de los estudios culturales permite no sólo la comprensión sintomática de la cultura, sino también la de la teoría. Así, se cita sistemáticamente, y sin cuestionar en ocasiones su adecuación al análisis, a Lyotard, Derrida, Deleuze o Foucault, embutidos en las investigaciones sin una observación sobre la congruencia del contenido, que revela la pésima interpretación de conceptos, cuando no el error garrafal como ha sucedido con la lectura de Gramsci.<sup>3</sup> Esta “cháchara de altura”, como la calificó Steiner en *Presencias reales*, teje la madeja de una crítica levantada sobre el vacío y los epígonos de los últimos coletazos de la posmodernidad. Obviamente, esto contribuye a ahondar aún más en esa crisis de los estudios literarios, labor poco inocente, como se ha argumentado; y, por otro lado, fosiliza las fuentes originales mientras se enreda incansablemente en una bibliografía secundaria. En sus vericuetos se pierden hasta las mentes más claras, como se aprecia en esta definición paradigmática de Culler: “Los estudios

---

<sup>3</sup> Gramsci es una de las figuras más paradigmáticas en cuanto a la utilización de corrientes por parte de los culturalistas, hasta el punto que su obra se ha convertido en una especie de comodín, muy práctico para exponer las tendencias hegemónicas en una vasta heterogeneidad de posturas intelectuales, filosóficas, sociológicas, etc.

culturales son la práctica cuya teoría es lo que, para entendernos, llamamos `teoría’” (2000: 57).

Apenas se intuye qué significan sentencias de esta índole, pero el efecto se agrava si se tiene en cuenta la dimensión social de los estudios culturales, pues parece extraño que la alienación capitalista vaya a culminar con esta jerga apta sólo para algunos. Poco resta de las direcciones trazadas por el CCCS; el recelo del norteamericano medio hacia la tradición intelectual ha trasmutado el raptó político y la resistencia radical de aquellos críticos británicos en una mera incorporación de la cultura de masas a la universidad. Huelga decir que de este cambio se infiere uno más grave: el paso de la militancia a la pasividad, pues quienes antaño compartían el combate con la clase obrera se han convertido en catedráticos, titulares, adjuntos y becarios. Éstos luchan ahora por una plaza, una conferencia o el último artículo en una revista prestigiosa, desde unos campus hoy distantes de unos subyugados cuya salvación puede continuar esperando. La despolitización de los culturalistas resulta evidente, pero, lejos de amilanarlos, los catapulta hacia la continuidad: el egoísmo tamiza el ideal solidario de aquellos estudios iniciales y, víctimas de la hiperteoría y el solipsismo académico, ofrecen, como ha apuntado Grossberg, escasas alternativas a los problemas de globalización, agencia y alteridad (1997: 19). La realidad actual plantea una inversión de roles, como asegura Eco en su célebre libro: “(...) mientras los apocalípticos sobreviven precisamente elaborando teorías sobre la decadencia, los integrados raramente teorizan, sino que prefieren actuar, producir, emitir cotidianamente sus mensajes a todos los niveles” (2004: 28).

El sistema universitario vigente, caracterizado por su autarquía, niega todo atisbo social. Cabría preguntarse quiénes son los receptores de ensayos sobre el cómic estadounidense en los setenta, la difusión de dudosos valores en las series de televisión o el impacto político de las novelas latinoamericanas. La respuesta es evidente: el resto de colegas de disciplina o departamento y, en el más afortunado de los casos, algún curioso cibernauta; pero, desde luego, nunca los receptores que buscaban Hoggarts, Williams y Hall. La peor pesadilla de Easthope se ha hecho realidad:

So, the paradigm and the method hold no guarantees that prevent the academic institutions recuperating it into a traditional formalism (though it wouldn't be that easy) to get the effect of ideological critique the method has to be practised along with the politics (1991: 179)

La Academia se ha adueñado de los estudios culturales y el interrogante que se deduce de este marco es si realmente éstos no están contribuyendo en la actualidad a reforzar esa cultura de masas que pretendían desenmascarar. En primer lugar, resulta obvio que el entretenimiento se ha apoderado de la investigación y que muchos se abandonan al estudio de textos culturales que apenas se asemejan a sus campos. “Frente al orden mercantilista consumado, –advierde François Cusset– su divisa es a veces la huida hacia delante, teórica y lúdica: puesto que resulta ineludible, más vale optar por la diversión” (2005: 147). El fenómeno lúdico ha irrumpido en las universidades, y el éxito popular de un producto garantiza ya su legitimidad como objeto de análisis, al tiempo que obtiene la dosis de antielitismo necesaria para adscribirlo a unos *cult’ studs’* que adoran nuevos becerros de oro. No se quiere subrayar con esto únicamente la “balcanización de la literatura” (1995: 525) contra la que embestía Harold Bloom, sino la masiva producción de estudios que se zafan de cualquier referencia literaria. Delatora del ocaso de la cultura del esfuerzo y la excelencia, esta tendencia refleja también una preocupante carencia de deontología. Convendría cuestionar la ética de la investigación de profesionales que, en muchos casos, directamente truecan el estudio literario, por la divagación en torno al ciberespacio, la ecología, las escuelas filosóficas, etc. Actitud legítima siempre y cuando el texto literario no se convierta en un pretexto o, como sucede con frecuencia, en la última huella de un palimpsesto interminable. La intención de este trabajo no es la de reprobar esta práctica. No se trata aquí de censurar, pero sí convendría encontrar un equilibrio al relativismo imperante que, por otro lado, exige una sociedad que sufrague esas iniciativas. Como han expuesto Sardar y Van Loon:

Una cosa es estudiar la cultura popular, y otra muy distinta es adoptar una postura romántica y otorgarle una respetabilidad académica. La ‘crítica textual’ sin sentido de los vídeos musicales, la cultura popular y el estilo juvenil está minando la importancia de los estudios culturales y el revolucionario trabajo que se había realizado en este campo (Sardar y Van Loon 2005: 169).

En ese sentido, el divorcio entre los estudios culturales y la sociedad que los paga es sumamente notorio y grave, pues imposibilita también que los mecanismos institucionales puedan someter su trabajo a los controles de calidad necesarios para el progreso de la labor investigadora: su indefinición los protege del juicio y, por otro lado, su variedad convierte esta empresa prácticamente en una hazaña.

Asimismo, cabría plantearse cómo los culturalistas propulsan la continuidad de la “semiosfera” occidental, pues son responsables de algunas de sus perversiones más interesantes. En primer lugar, en lo que respecta a la creación, han contribuido a una

“semiotización del arte”, y muchos autores van sembrando rastros y guiños en sus obras que les aseguren posteriormente una publicación académica; cuántos trabajos no llevan aparejados desde su génesis la típica conferencia plenaria que versa sobre los ecos del *underground* o el *cyborg* en la última novela o película de un director de moda. En segundo lugar, su relación con el canon esta colmada de incongruencias: por un lado, esto resulta indiscutible, han contribuido a su ampliación; pero, al mismo tiempo, se suceden los acontecimientos que reflejan la influencia de sus doctrinas en tesis, revistas científicas, concursos y suplementos literarios que ignoran por principio a los *DWEM*, y están consolidando un nuevo canon sesgado y partidista, que, en definitiva, termina por ser otro canon, creado a contracorriente, pero canon, al fin y al cabo. En cuanto al aspecto más puramente académico, la continuidad del *status quo* se sostiene mediante la reflexión permanente sobre las herramientas de control y manipulación occidentales, que debilitan el pensamiento y erradican un legado imprescindible para conocer en profundidad los resortes y cimientos de la diversidad cultural que estos estudios defienden a ultranza. Se podría hablar, en consecuencia, de una suerte de globalización de los estudios culturales, tan nociva y acérrimamente instaurada como esa contra la que, en teoría, se rebelan y que, finalmente, está propagando una nueva colonización intelectual, cimentada, curiosamente, sobre las mismas herramientas del antiguo imperialismo cultural.

En conclusión, los estudios culturales se han dirigido hacia una confusión interesada. Pero las que presentaban como sus grandes armas, la indefinición y los fines militantes, se han vuelto contra ellos y los han sumido en la palabrería universitaria y la comodidad del sistema capitalista. Abocados al autismo de la Academia y diluida su militancia en los excesos de la hiperteoría y las rentabilidades personales, resulta cuanto menos complejo y aventurado pronosticarles un futuro claro.

### **Bibliografía**

- BLOOM, H. 1995 (1994). *El canon occidental*. Barcelona: Anagrama.
- CULLER, J. 2000 (1997) *Breve introducción a la teoría de la literatura*. Barcelona: Crítica.
- CULLER, J. (1998). “El futuro de las Humanidades”. En E. SULLÀ (ed.), *El canon literario*. Madrid: Arco/Libros. 139-160.
- CUSSET, F. 2005 (2003). *French Theory*. Barcelona: Melusina.
- EASTHOPE, A. 1991. *Literary into Cultural Studies*. Londres: Routledge.

- ECO, U. 2004 (1961). *Apocalípticos e integrados*. Barcelona: Lumen.
- GROSSBERG, L. 1997. *Bringing it All Back Home. Essays in Cultural Studies*. Londres: Duke University Press.
- JORDAN, B. (1986) "Textos, contextos y procesos sociales". *Estudios semióticos*, 9, 37-58.
- REYNOSO, C. 2000. *Apogeo y decadencia de los estudios culturales. Una visión antropológica*. Barcelona: Gedisa.
- SARDAR, Z. y VAN LOON, B. 2005 (1999). *Introducing Cultural Studies*. Barcelona: Paidós.
- STEINER, G. 2001 (1989). *Presencias reales*. Barcelona: Destino.
- SULLÀ, E. (ed.) 1998. *El canon literario*. Madrid: Arco/Libros.